

Estudios de literatura medieval en la Península Ibérica



Coordinado por CARLOS ALVAR

cilengua

SAN MILLÁN DE LA COGOLLA
2015

© *Cilengua. Fundación de San Millán de la Cogolla*

© *de los textos: sus autores*

I.S.B.N.: 978-84-943903-1-9

D. L.: LR. 994-2015

IBIC: DSBB 1DSE 1DSP

Impresión: Kadmos

Impreso en España. Printed in Spain

ÍNDICE

El unicornio como animal ejemplar, en cuentos y fábulas medievales	15
BERNARD DARBORD	
A lenda dos Sete Infantes e a historiografia: ancestralidade e tradição	37
MARIA DO ROSÁRIO FERREIRA	
Notas coloccianas sobre Alfonso X y cierta «Elisabetta»	65
ELVIRA FIDALGO	
Las humanidades digitales en el espejo de la literatura medieval: del códice al Epub	95
JOSÉ MANUEL LUCÍA MEGÍAS	
La literatura perdida de Joan Roís de Corella: límites, proceso y resultados de un catálogo	123
JOSEP LLUÍS MARTOS	
Los florilegios latinos confeccionados en territorios hispánicos	147
MARÍA JOSÉ MUÑOZ JIMÉNEZ	
De cómo Don Quijote dejó de ser cuerdo cuando abominó de Amadís y de la andante caballería, con otras razones dignas de ser consideradas	173
JUAN PAREDES	
Amor, amores y concupiscencia en la «Tragedia de Calisto y Melibea» en los albores de la temprana edad moderna	191
JOSEPH T. SNOW	
Nájera, 1367: la caballería entre realidad y literatura	211
ALBERTO VÁRVARO (†)	

El reloj de Calisto y otros relojes de <i>La Celestina</i>	225
ÁLVARO ALONSO	
De Galaor, Floristán y otros caballeros	239
CARLOS ALVAR	
<i>Ajuda</i> y argumentación en el debate <i>Cuidar e Sospirar</i>	257
MARIA HELENA MARQUES ANTUNES	
Traducir y copiar la materia de Job en el siglo xv	267
GEMMA AVENOZA	
Aproximación a un tipo literario a través de su discurso: de Trotaconventos a <i>Celestina</i>	279
ALEJANDRA BARRIO GARCÍA	
El <i>Romance de Fajardo</i> o <i>del juego de ajedrez</i>	289
VICENÇ BELTRAN	
Reflexiones en torno a la transmisión, pervivencia y evolución del mito cidiano en el <i>heavy metal</i>	303
ALFONSO BOIX JOVANÍ	
Del <i>Bursario</i> de Juan Rodríguez del Padrón a <i>La Celestina</i> . Ovidio, heroínas y cartas	317
MARÍA E. BREVA ISCLA	
Las limitaciones de la fisiognómica: la victoria del sabio (Sócrates e Hipócrates) sobre las inclinaciones naturales	341
JUAN MANUEL CACHO BLECUA	
El final de la <i>Estoria de España</i> de Alfonso X: el reinado de Alfonso VII .	365
MARIANO DE LA CAMPA GUTIÉRREZ	
Primacía del <i>amor ex visu</i> y caducidad del <i>amor ex arte</i> en <i>Primaleón</i>	391
AXAYÁCATL CAMPOS GARCÍA ROJAS	
Poesía religiosa dialogada en el <i>Cancionero general</i>	405
CLAUDIA CANO	
Comedias líricas en la Hispanoamérica colonial. Otro testimonio de la pervivencia y trasmisión de motivos medievales a través del teatro musical. El caso de «Las bodas de enero y mayo»	417
SOFÍA M. CARRIZO RUEDA	

Sabiduría occidental-sabiduría oriental: Sorpresas terminológicas	429
CONSTANCE CARTA	
De la cabalgata a la sopa en vino: trayectoria épica del motivo profético en algunos textos cidianos	439
PÉNÉLOPE CARTELET	
El animal guía en la literatura castellana medieval. Un primer sondeo	463
FILIPPO CONTE	
A linguagem trovadoresca galego-portuguesa na <i>Historia troyana polimétrica</i>	481
CARLA SOFIA DOS SANTOS CORREIA	
Alfonso X el Sabio, el rey astrólogo. Una aproximación a los <i>Libros del saber de astronomía</i>	493
M ^a DEL ROSARIO DELGADO SUÁREZ	
La literatura artúrica en lengua latina: el caso de «De ortu Walwanii nepotis Arturi»	501
MARÍA SILVIA DELPY	
Los consejos aristotélicos en el <i>Libro de Alexandre</i> : liberalidad, magnificencia y magnanimidad	513
MARÍA DÍEZ YÁÑEZ	
Exaltación cruzada y devoción jacobea en el <i>Compendio</i> de Almela	537
LUIS FERNÁNDEZ GALLARDO	
«Noticias del exterior» en las <i>Crónicas</i> del Canciller Ayala	559
JORGE NORBERTO FERRO	
Las artes visuales como fuente en la obra de Gonzalo de Berceo	569
SARAH FINCI	
Narratividad teatral en Feliciano de Silva	577
JUAN PABLO MAURICIO GARCÍA ÁLVAREZ	
Iconotropía y literatura medieval	593
CÉSAR GARCÍA DE LUCAS	
La recepción del legendario medieval en la novela argentina	607
NORA M. GÓMEZ	

Las tres virtudes de santa Oria en clave estructural	623
JAVIER ROBERTO GONZÁLEZ	
Las alusiones carolingias en la búsqueda del Grial y las concepciones cíclicas de los relatos artúricos en prosa	637
SANTIAGO GUTIÉRREZ GARCÍA	
De la ferocidad a la domesticación: funciones del gigante y la bestia en el ámbito cortesano	659
MARÍA GUTIÉRREZ PADILLA	
El <i>Ars moriendi</i> y la caballería en el <i>Tristán de Leonís</i> y el <i>Lisuarte de Grecia</i> de Juan Díaz	673
DANIEL GUTIÉRREZ TRÁPAGA	
Algunas consideraciones sobre la <i>Introducción</i> de Pero Díaz de Toledo a la <i>Esclamación e querella de la governaçión</i> de Gómez Manrique	695
ANA M ^a HUÉLAMO SAN JOSÉ	
Las prudencias en el pensamiento castellano del siglo xv	715
MÉLANIE JECKER	
«El mar hostil» en el <i>Milagro XIX</i> de Berceo y en la Cantiga de Meendinho	731
SOFÍA KANTOR	
La <i>Hystoria de los siete sabios de Roma</i> [Zaragoza: Juan Hurus, ca.1488 y 1491]: un incunable desconocido	755
MARÍA JESÚS LACARRA	
La difesa del proprio lavoro letterario. Diogene Laerzio, Franco Sacchetti e Juan Manuel	773
GAETANO LALOMIA	
El paraíso terrenal según Cristóbal Colón	789
VÍCTOR DE LAMA	
«Ca sin falla en aquella sazón se començaron las justas e las batallas de los cavalleros andantes, que duró luengos tiempos». El inicio del universo artúrico en el <i>Baladro del sabio Merlín</i>	809
ROSALBA LENDO	

Construyendo mundos: la concepción del espacio literario en don Juan Manuel	821
GLADYS LIZABE	
¿Un testimonio perdido de la poesía de Ausiàs March?	835
MARIA MERCÈ LÓPEZ CASAS	
Notas para el estudio de García de Pedraza, poeta de Cancionero	847
LAURA LÓPEZ DRUSETTA	
<i>Adversus deum</i> . Trovadores en la frontera de la <i>Cantiga de amor</i>	861
PILAR LORENZO GRADÍN	
La pregunta prohibida y el silencio impuesto en el <i>Zifar</i> (C400. <i>Speaking tabu</i>)	879
KARLA XIOMARA LUNA MARISCAL	
Prácticas de lectura en la Florencia medieval: Giovanni Boccaccio lee la <i>Commedia</i> en la iglesia de santo Stefano Protomartire	889
SARAH MALFATTI	
La tradición manuscrita de Afonso Anes do Coton (XIII sec.): problemas de atribución	901
SIMONE MARCENARO	
Un testimonio poco conocido de las <i>Coplas que hizo Jorge Manrique a la muerte de su padre</i> : la impresión de Abraham Usque (Ferrara, 1554)	917
MASSIMO MARINI	
Psicología, pragmatismo y motivaciones encubiertas en el universo caballeresco de <i>Palmerín de Olivia</i>	941
JOSÉ JULIO MARTÍN ROMERO	
El <i>Epithalamium</i> de Antonio de Nebrija y la <i>Oratio</i> de Cataldo Parisio Sículo: dos ejemplos de literatura humanística para la infanta Isabel de Castilla	955
RUTH MARTÍNEZ ALCORLO	
Propuesta de estudio y edición de tres poetas del <i>Cancionero de Palacio</i> (SA7): Sarnés, Juan de Padilla y Gonzalo de Torquemada	973
PAULA MARTÍNEZ GARCÍA	

«Contesçió en una aldea de muro bien çercada...» El «Enxiemplo de la raposa que come gallinas en el pueblo», en el <i>Libro de buen amor</i>	987
MARÍA TERESA MIAJA DE LA PEÑA	
La obra de Juan de Mena en los <i>Cancioneros del siglo XV</i> . De los siglos XIX y XX. Recopilación e inerrancia	999
MANUEL MORENO	
Para uma reavalição do cânone da dramaturgia portuguesa no séc. XVI ..	1023
MÁRCIO RICARDO COELHO MUNIZ	
La tradición literaria y el refranero: las primeras colecciones españolas en la Edad Media	1037
ALEXANDRA ODDO	
Paralelismos entre el cuerpo femenino y su entorno urbano en la prosa hebrea y romance del siglo XIII	1051
RACHEL PELED CUARTAS	
Los gozos de Nuestra Señora, del Marqués de Santillana	1061
MIGUEL ÁNGEL PÉREZ PRIEGO	
Medicina y literatura en el <i>Cancionero de Baena</i> : fray Diego de Valencia de León	1073
ISABELLA PROIA	
Matrimonio y tradición en <i>Curial e Güelfa</i> : el peligro de la intertextualidad ..	1091
ROXANA RECIO	
«Pervivencia de la literatura cetrera medieval. Notas sobre el estilo del <i>Libro de cetrería</i> de Luis de Xapata»	1113
IRENE RODRÍGUEZ CACHÓN	
Las <i>imágenes agentes</i> de <i>Celestina</i>	1125
AMARANTA SAGUAR GARCÍA	
Los «viessos» del <i>Conde Lucanor</i> : del manuscrito a la imprenta	1137
DANIELA SANTONOCITO	
Juan Marmolejo y Juan Agraz: proyecto de edición y estudio de su poesía ..	1157
JAVIER TOSAR LÓPEZ	
A verdadeira cruzada de María Pérez «Balteira»	1167
JOAQUIM VENTURA RUIZ	

«Prísolo por la mano, levólo pora'l lecho». Lo sensible en los *Milagros de Nuestra Señora* 1183

ANA ELVIRA VILCHIS BARRERA

Para la edición crítica de la traducción castellana medieval de las *Epistulae morales* de Séneca encargada por Fernán Pérez de Guzmán 1195

ANDREA ZINATO

LAS HUMANIDADES DIGITALES EN EL ESPEJO DE LA LITERATURA MEDIEVAL: DEL CÓDICE AL EPUB

JOSÉ MANUEL LUCÍA MEGÍAS
Universidad Complutense de Madrid

Resumen: En los últimos años, se han impuesto en la Sociedad de la Información y del Conocimiento nuevas herramientas para la creación y difusión de textos, y el uso que hacemos de ellas. En este trabajo se analizan tres aspectos que se impusieron en la difusión de los textos medievales y su edición, que pueden servir de ayuda, de guía para diseñar los nuevos modelos editoriales que tienen que imponerse gracias a la tecnología digital. Las Humanidades Digitales deben conocer el pasado para poder sacarle ventaja a las innovaciones tecnológicas y de uso del siglo XXI.

Palabras clave: Humanidades Digitales, Internet, e-Pub, Codex, Compilatio, Bibliotecas digitales.

Abstract: Over recent years, new tools for the creation and distribution of texts, and the use we make of them, have been imposed on the Information and Knowledge Society. This study analyses three aspects that were imposed on the way of distributing and editing of medieval texts. Those aspects can be helpful and serve as a guide for designing new editorial models that have to be imposed by digital technology. The Digital Humanities must know the past in order to take advantage of the technological innovations and make use of the XXI century.

Keywords: Digital Humanities, Internet, e-Pub, Codex, Compilatio, Digital Libraries.

A MODO DE PREÁMBULO: DOS METÁFORAS

Necesitamos las metáforas para comprender el mundo, para intentar explicar aquello que vivimos y poder compartir nuestras impresiones, formar parte de una comunidad. Por eso no es casual ni tampoco nos debe extrañar que para adentrarnos en la nueva realidad digital de los últimos decenios se hayan ido superponiendo algunas metáforas para explicar nuestros usos y comportamientos, como personas particulares y usuarios, pero también como especialistas en literatura medieval.

Se le atribuye al escritor, divulgador y creador de videojuegos Marc Prensky la metáfora de *nativos e inmigrantes* digitales para diferenciar dos modelos de usuarios de las tecnologías informáticas: aquellos que han nacido, crecido y aprendido en un entorno digital (*nativos*) y aquellos otros que nos hemos tenido que adaptar a este nuevo entorno, pues nuestro nacimiento, crecimiento y aprendizaje proceden del ámbito analógico (y audiovisual) (*inmigrantes*). La metáfora nos retrotrae al año 2001 y venía a explicar uno de los grandes problemas del sistema educativo de Estados Unidos de aquellos años: la imposibilidad que tenían los profesores de comunicarse con sus estudiantes. «El problema más importante que enfrenta hoy la educación» –decía Prensky– «es que nuestros profesores inmigrantes digitales, que hablan una lengua anticuada (la de la era pre-digital), están luchando para enseñar a una población de nativos digitales que habla una lengua completamente nueva».

La metáfora de *nativos e inmigrantes* digitales evoca territorios, espacios de poder, y sigue la senda de los cantos de revolución democratizadora del saber gracias a la informática que habían florecido en los años ochenta y noventa del siglo xx. En la metáfora de *nativos e inmigrantes* digitales pervive la visión de un territorio ideal, donde todo es posible para sus moradores, para sus nativos, y que, con mucho esfuerzo, podrá ser parcialmente disfrutado y apropiado por los inmigrantes, es decir, por aquellos que proceden de un territorio con menos oportunidades. A fin de cuentas, la emigración siempre es un desarraigo. Subyace en esta idea, que aceptamos y usamos continuamente casi sin darnos cuenta, una visión de territorios enfrentados, una supremacía de lo digital (presente y futuro) frente a lo analógico que se presenta, de este modo, como parte del pasado, como parte de un territorio que debemos abandonar si estamos dispuestos a avanzar, a situarnos en la misma posición idílica de los *nativos digitales*.

Frente a esta imagen de territorios, de espacios de poder y de incomunicación, en el año 2010, el psicólogo alemán Peter Kruse, en una charla en Youtube,

propuso una nueva metáfora, más acorde a los tiempos presentes, a los cambios que hemos vivido a partir del triunfo de las redes sociales y de la web 2.0: la de *residentes* y *visitantes* digitales. Un *residente digital* «vive» en la red, accede y crea información en la red, se comunica en la red, deja memoria de su identidad en la red, con destrezas que, poco a poco, va adquiriendo porque el propio medio lo impone: inmediatez de publicación y difusión, multitarea (procesamiento en paralelo), o acceso en línea a miles de fuentes de información o conocimiento. Y al tiempo, los *residentes digitales* se comunican con sus amigos gracias a Twitter o el Whatsapp; hacen visibles sus fotos en Picasa o Instagram, o sus vídeos en Youtube, actualizan sus muros en redes sociales personales (Facebook) o profesionales (Linkedin), siguen la actualidad gracias a diversas App en su móvil o en su tablet, hablan con sus amigos por medio de Skype, comparten materiales por Dropbox, o son habituales de librerías virtuales de primera o de segunda mano (Amazon o iberlibro) o de casas de subastas como E-bay... sin olvidar cómo, día a día, son más los servicios y actividades (profesiones y personales) que se realizan on-line. Al *visitante digital* no le son desconocidos muchos de estos servicios ni las destrezas que hay que dominar para usarlos, pero los utiliza, si lo hace, de una manera esporádica, limitando su actividad en la red a la comunicación (correo electrónico), lectura de diversas tipologías de información, acceso a portales profesionales y a algunos sitios que le ofrecen ventajas económicas o temporales (compra de billetes, de libros, de entradas...).

Uso frente a territorio. El universo digital no ha de entenderse tanto como un nuevo espacio, que, por solo el hecho de un dato cronológico (o geográfico) nos es propio o ajeno, sino como un proceso, una transformación, una apropiación que, todos juntos, vamos realizando. En la metáfora de *nativos* e *inmigrantes* se establece unas claras fronteras entre el mundo analógico y el digital, como si fueran dos realidades (casi) enfrentadas, dos «territorios» en conflicto, con pocas posibilidades de espacios de concordia y de estabilidad. Pero no hay «territorios» en el mundo digital. No hay hojas de ruta, pues (y este es uno de los grandes retos que tenemos por delante, uno de los más apasionantes), la tecnología digital no ha sido pensada para dar respuesta a un determinado reto tecnológico, como lo pudo ser el telégrafo, el teléfono, la radio, el cine o la televisión. Todo lo contrario. Año tras año, el espacio digital se va transformando, va abriendo nuevos (e insospechados) caminos. Algunos ya los hemos asimilado, o, poco a poco, lo vamos haciendo (la web 2.0 o las redes sociales)... y otros están todavía dando sus primeros pasos: de la tablet al smartphone, las pantallas táctiles, la conexión en línea, la multiplicidad de canales y de acceso a la información, etc.

Pero estas metáforas, nacidas en el intervalo de tan solo 10 años, muestran también una evolución en el uso de la tecnología digital, en su implicación dentro de la sociedad letrada que las utiliza. Un cambio que habla de un proceso que a lo largo del tiempo se ha ido repitiendo con similares características, aunque en espacios temporales siempre mucho más amplios, que, en ocasiones, se corresponden con el paso de una o varias generaciones. El proceso de cambio que ahora estamos viviendo (y que se vivió en otros momentos privilegiados a lo largo de los últimos dos mil años en nuestra cultura occidental) podría concretarse en las siguientes fases:

- aparición de una nueva tecnología o de un nuevo uso de la existente, que, al inicio, resulta marginal y limitado a un determinado ámbito;
- esta novedad es vivida por una minoría como una gran oportunidad y es rechazada por una mayoría, que se encuentra habituada a los usos de la tecnología triunfante;
- este comportamiento conservador de los usuarios viene reforzado por el rechazo frontal de las industrias que dan sentido y se mantienen gracias al sistema anterior de creación y difusión de la información y el conocimiento;
- la marginalidad con que nace y se difunde la nueva tecnología va disminuyendo y su uso cada vez es más general a partir de los nuevos aportes que ofrece frente a la tecnología anterior, que poco a poco, va viendo cómo pierde espacios que le eran propios y exclusivos;
- después de un periodo de convivencia, de alternancia, la nueva tecnología termina por imponerse y generalizarse, convirtiendo en marginal la previa tecnología, que debe encontrar espacios de supervivencia, que se extienden más o menos con éxito en el tiempo.

Nos han tocado en suerte vivir tiempos fascinantes, tiempos de cambios. Transformaciones que estamos analizando no en el recuerdo del paso de generaciones sino en nuestra propia experiencia personal. Cambios que afectan a modos habituales de comportamiento cotidiano, pero que también están teniendo cada vez una mayor repercusión en nuestro ámbito laboral, tanto en el docente como en el de la investigación. Tiempos que nos exigen una reflexión, un análisis del presente para poner las bases sobre las nuevas estructuras del futuro, los nuevos modelos de comprender el pasado y de poder ofrecerlo a las próximas generaciones. Una reflexión que, como intentaré mostrar en las siguientes páginas, puede hacerse mirándose en el espejo de la literatura medieval, de muchos de los cambios que se produjeron durante la Edad Media. Y de todos los ámbitos de

estudio de la literatura medieval que merece un análisis y una reflexión quiero ahora detenerme en uno concreto: en los nuevos modelos de edición que debemos ir creando para adaptar la crítica textual a los retos y las posibilidades que nos ofrece la tecnología digital; una reflexión que nos permita salir del agujero negro del «incunable del hipertexto, o del texto digital» en que ahora nos encontramos desde hace ya demasiado tiempo.

DEL ROLLO AL CÓDICE O EL NACIMIENTO DE LA PÁGINA

La mayoría de los cambios tecnológicos que se han ido superponiendo a lo largo de los últimos dos mil años en nuestra cultura occidental tienen su origen en una demanda del mercado. Un mercado que hacía posible recuperar en poco tiempo la enorme inversión económica que suponía el desarrollo de una nueva tecnología. Así se aprecia en la especialización de los *scriptoria* medievales a partir del siglo XII, en especial en las complejas redes de producción y de distribución que debían ofrecer libros a los nuevos centros universitarios (que tienen en el *pecia* su respuesta a una dificultad evidente de la tecnología de la copia manuscrita). Y así sucederá, sobre todo, a mediados del siglo XV cuando el equipo liderado por Gutenberg busque una fórmula para superar de manera mecánica la copia múltiple con el objetivo de abastecer una demanda de libros cada vez más apremiante en toda Europa, desde los costosos libros religiosos, los necesarios libros internacionales, los cada vez más requeridos libros humanísticos o los siempre demandados libros de entretenimiento. Y lo mismo puede decirse a finales del siglo XVIII y principios del XIX, cuando la imprenta manual, la tecnología que había dado respuestas tres siglos antes, se había quedado obsoleta para poder ofrecer diariamente un periódico, o ser capaz de llegar a un público lector que comenzaba a masificarse, con lo que la copia mecánica se convierte en industrial.

¿Acaso podemos encontrar una causa similar para la aparición y la introducción de la tecnología digital en la época actual? ¿Acaso había en los años setenta y ochenta del siglo XX un mercado ansioso y necesitado de nuevos formatos, que diera sentido a la búsqueda de una nueva tecnología, que, a pesar de todos los rechazos iniciales, terminaría por imponerse, como lo ha hecho en la época actual? No parece ser este el motor del cambio que estamos viviendo. Como tampoco parece que este fuera el motor que explica el paso del rollo al códice, uno de los más revolucionarios que se han vivido en nuestra cultura occidental, pues supone la ruptura total con el universo de la oralidad, ese que nos vincula

a nuestros orígenes griegos, a una forma diferente de entender la creación y difusión del conocimiento. Frente al texto continuo que permite el rollo (trasunto del texto oral), ahora se impone el texto fragmentado, el texto paginado, con las enormes consecuencias que este cambio revolucionario ha tenido a la hora de la creación y difusión de los textos, de diferentes modelos textuales desde los primeros siglos de nuestra era hasta la época actual, donde estamos viendo, poco a poco, cómo se acerca la muerte de la página. Un cambio nacido de los márgenes, que, por razones históricas, termina por convertirse en el centro, en el modelo de una forma de crear, difundir y preservar la escritura, el conocimiento. Estamos viviendo y siendo testigos del fin de la primera textualidad, o, al menos, el fin de la textualidad tal y como se impuso en Occidente a partir del siglo IV a. C.

Hacia los años 80-84, escribió Marcial los siguientes versos, famosos y repetidos, pues se trata de una indicación a sus lectores de dónde pueden encontrar sus textos, difundidos en un particular modelo de libro:

Qui tecum cupis esse meos ubicumque libellos
 Et comites longae quaeris habere viae,
 Hos eme, quos artat brevibus membrana tabellis:
 Scrinia da magnis, me manus una capit.
 Ne tamen ignores ubi sim venalis et erres
 Urbe vagus tota, me duce certus eris:
 Libertum docti Lucensis quaere Secundum
 Limina post Pacis Palladiumque forum.

Tú que deseas que mis libros estén contigo en todas partes
 y quieres que sean tus compañeros en largos viajes,
 cómprate estos que el pergamino comprime en breves páginas.
 Deja las estanterías para los grandes, a mí una mano me abarca.
 Con todo, para que no desconozcas dónde se me vende y andes perdido
 vagando por toda la ciudad, con mis instrucciones acertarás:
 pregunta por Segundo, liberto del docto Lucense,
 detrás del atrio de la Paz y del foro de Palas¹.

1. Citamos por Marcial, *Epigramas*, tomo I, edición y traducción de Juan Fernández Valverde y Enrique Montero Cartelle, Madrid, CSIC, 2004, p. 17. Para más detalles, véase Elisa Ruiz, «El impacto del libro en Marcial», *Cuadernos de trabajo de la Escuela Española de Historia y Arqueología de Roma*, 14 (1980), pp. 143-181.

Interesa ahora la fecha (el siglo I) e interesa el modelo editorial del que se hace publicidad y que, frente a lo que podría comprarse en este momento en Roma, debía ser toda una novedad: un libro de viaje, un libro de bolsillo que puede llevarse a todas partes, y que, frente a los rollos en papiro que necesitan las dos manos para su lectura y que deben ser conservados en las «scrinia», este se presenta en un formato mucho menor. Además está realizado en pergamino, un soporte de escritura no desconocido, pero tampoco el habitual para la difusión de los textos literarios en la época, casi todos ellos bajo el monopolio del papiro.

El ejemplo de Marcial, que no deja de ser una propuesta marginal que no gozó de ningún éxito editorial si tenemos en cuenta que no se encuentran nuevos testimonios similares, ni dentro ni fuera de su obra, muestra cómo el paso del rollo al códice no es un proceso que se diera dentro de la cultura romana, un proceso que viniera a dar respuesta a nuevas demandas de los lectores o que procediera de nuevos modelos de mercado o industriales en Roma. Todo lo contrario. El códice de pergamino, que vendrá a convertirse en el modelo más habitual, más característico y que terminará por imponer modelos textuales en todos los ámbitos del saber —desde la creación a los ensayos, sin olvidar la edición de textos—, nacerá de ámbitos culturales marginales a los modelos de negocio y de difusión hasta ahora imperantes en Occidente, en la victoriosa y universal Roma, de ahí su revolución, de ahí la gran transformación que supuso, que verá sus mejores frutos en la Edad Media, el lugar propicio para poner las bases de nuestra cultura actual.

Del siglo II se datan los primeros códices en pergamino que se han conservado: el *Bellis Macedonicis* (British Library, Papyrus 745) o las *Setentiae* de San Pablo (fragmento de Leiden). En realidad, solo se han conservado algunos fragmentos. Habrá que esperar al siglo IV para contar con los primeros códices completos, como el conocido *Codex Sinaiticus*, actualmente en la British Library (Add. MS 43725)², o el *Codex Vaticanus*, en Roma³. Precisamente los siglos II y IV son las fechas que se suelen indicar para hablar del paso del códice en pergamino al rollo en papiro en la cultura occidental, en un imperio que ha visto cómo en el 380, el emperador Teodosio declara al cristianismo religión oficial del Imperio Romano, de lo que quedaba en pie del Imperio Romano.

Las tablillas enceradas, los códices en papiro y, posteriormente, los códices en pergamino no son ajenos a Roma ni a la difusión de los textos en latín. Pero será

2. <http://www.bl.uk/onlinegallery/sacredtexts/codexsinai.html>;
<http://www.codexsinaiticus.org/en/>
3. facsímil en <http://www.csntm.org/>

desde Antioquía, desde la Iglesia oriental, donde se va a imponer este modelo que, con el tiempo, llegará a Roma creándose una curiosa distinción sociológica de formatos, que cambiará con el tiempo: y así las clases inferiores y medias, poco a poco, van a ver en el formato tradicional del rollo en papiro un modelo de cultura estatal, aristocrática y de signo paganizante, del que se irán alejando, ampliando el uso de los códices en pergamino no solo para los textos bíblicos, sino para todo tipo de literatura, sin olvidar que los cuadernos con este mismo material eran soporte de escritura habitual en la vida cotidiana, para asuntos domésticos y contables, pero también utilizados por los escritores para la composición de las primeras versiones y borradores de sus textos⁴. Dos siglos tardó el códice en imponerse en Roma, y este retraso seguramente tenga mucho que ver con dos tendencias que se irán repitiendo en el tiempo (como en el actual) cuando aparece y comienza a difundirse una nueva tecnología: por un lado, el conservadurismo de los lectores y usuarios, habituados a unos modelos que no desean abandonar; y por otro, la oposición frontal de la industria editorial antigua, que ve amenazados sus modelos de negocio y que comienza con una oposición frontal para, en la mayoría de los casos, encontrar su supervivencia en la adaptación al nuevo modelo. Los copistas de rollos de papiro tuvieron que hacer un mínimo esfuerzo para convertirse en copistas de códices en pergamino. Un esfuerzo mayor realizaron muchos copistas en la segunda mitad del siglo xv, que se convirtieron en componedores en los nuevos talleres de imprenta, y lo mismo sucedió con los cajistas manuales cuando tuvieron que adaptarse a los nuevos modelos de la linotipia ya en el siglo xix.

Pero si me he detenido en esta primera fase de la configuración del códice, que verá su desarrollo en la Edad Media, siendo este uno de los aspectos más sobresalientes de la herencia medieval a la cultura occidental, es para remarcar la importancia de uno de los cambios revolucionarios para el texto (desde su creación a su difusión y conservación) que se va a imponer en este momento con el cambio de formato: la creación de la página. La página (o el bifolio si que quiere en el ámbito de los códices medievales y de los incunables) constituirá ahora la medida de lectura, y conllevará el paso del *texto continuo* del rollo (heredero del texto oral) a un *texto discontinuo*, que, a lo largo de la Edad Media, irá configurando su modelo, que tendrá en la complejidad de la *ordinatio* y en la *compilatio* algunos de sus rasgos esenciales. Pero antes de adentrarnos en este nuevo ámbito

4. Para más detalles, C. H. Roberts y T. C. Skeat, *The Birth of the codex*, Oxford, Oxford University Press, 1983.

medieval, volvamos la vista a los primeros códices conservados, esas primeras biblias del siglo IV, hoy disponibles en facsímiles gracias a la tecnología digital: el *Codex Sinaiticus* y el *Codex Vaticanus* (figuras 1 y 2).



Figura 1: *Codex Sinaiticus* (Bristih Library)



Figura 2: *Codex Vaticanus* (Roma)

La página en los códices se convierte en una imposición del nuevo formato, frente al material continuo del rollo. Pero como se aprecia en estos dos ejemplos, a la hora de copiar las obras, los textos en cada bifolio se irán organizando en columnas como si fuera un rollo. De este modo, como suele ser habitual en todo cambio de soporte y de tecnología, lo primero que se vivirá es un período de transición, un momento de copiar en el nuevo soporte las formas de organización textual e iconográfica del soporte anterior. Solo con el tiempo y el uso, los nuevos lectores irán alejándose de los antiguos modelos (para muchos de ellos desconocidos) y sacándole nuevo partido a las ventajas de los nuevos soportes, que, en el caso de los códices, se concreta en una mayor densidad de información, un mejor aprovechamiento del soporte de escritura y la posibilidad de nuevos modelos de *ordinatio*, que hagan más accesibles los contenidos de las obras.

El bifolio medieval (o la página tal y como termina imponiéndose en el «código impreso») resulta, por tanto, una imposición del nuevo formato físico del código, y, a partir de este formato, será parte esencial de los textos creados para su difusión en este medio; la página, por tanto, no es un elemento esencial del *texto* ni antes de su invención y difusión (así sucede con todos los textos clásicos griegos y latinos que han llegado hasta nuestros días), ni lo puede ser tampoco para el *texto digital*, que gracias a la tecnología informática, ha creado un nuevo medio de difusión en que se recupera el «texto continuo», que se conjuga con otros modelos textuales con los que se inserta, creando nuevas arquitecturas de la información, como son el «texto discontinuo» (cuando vamos de un nodo a otro de manera secuencial, como si estuviéramos leyendo un libro de varios capítulos de dimensiones variadas), un «texto multimedia», pues podemos acompañar al «texto digital» de sonido y de imágenes, sin olvidar las enormes posibilidades de la animación y del 3D en la actualidad, o un «texto amplificado», que supondría una ampliación de los contenidos que aparecen en el texto, y que ahora no conforma una parte de su «mise-en-page» página a página, si no que se convierte en una decisión de lectura del usuario, por solo quedarnos por algunos de los más evidentes y utilizados.

La página ha quedado obsoleta en los nuevos medios digitales. La página ha dejado de existir y hablar de páginas en el medio digital es un fatal anacronismo. Los nuevos modelos de difusión de nuestras investigaciones medievales, los nuevos modelos de edición que debemos ofrecer, las nuevas herramientas y plataformas que estamos obligados a diseñar para hacer accesibles nuestros conocimientos en las aulas, deben alejarse de la visión de «páginas digitalizadas». No podemos seguir viviendo en el «incunable del texto digital» como si se tratara de

un territorio conquistado que hay que defender de los nuevos usos que nos ofrece la tecnología digital.

EL CÓDICE MEDIEVAL O EL TRIUNFO DE LA DENSIDAD DE LA INFORMACIÓN

A lo largo de la Edad Media, el códice en pergamino (y en papel a partir del siglo XII) irá adquiriendo su propia identidad y características, especialmente cuando se vaya conformando una verdadera industria alrededor de su elaboración, más allá de los *scriptoria* monásticos. La creación de las Universidades, la difusión del papel, el restablecimiento del comercio y el peso que cada vez van adquiriendo las ciudades frente a las cortes nobiliarias, con la consecuente ampliación del número de lectores, que demandan textos de muy diferente naturaleza, más allá de los textos eclesiásticos y técnicos, configurarán el marco idóneo para que el códice vaya explorando todas sus posibilidades, todas sus potencialidades.

Un aspecto muy claro de este cambio se puede apreciar en las ilustraciones, tal y como estudiara Kurt Weitzmann en su libro *El rollo y el códice* (Madrid, Nerea, 1990 [1947]). Los primeros códices miniados seguirán el modelo del rollo, incluyendo la imagen en la columna, o en la parte inferior, compartiendo el mismo fondo, con lo que se creaba una unidad entre el texto y la imagen; esta relación poco a poco se va a debilitar hasta llegar a una total separación, en que la imagen conquistará su propio espacio, llegando a ocupar páginas completas. En una siguiente fase, no será difícil encontrar en una misma página, normalmente al inicio del texto, varias miniaturas pertenecientes a un ciclo «para que la historia pueda ser leída como una secuencia sin que el texto la interrumpa o haya que consultarlo» (p. 75). En este proceso se va a imponer un aspecto en la miniatura medieval que es novedoso frente a la ilustración de los rollos: el marco, que supone un modo sencillo de independizar la miniatura del texto. El marco –al inicio una simple línea, que con el tiempo se llenará de todo tipo de decoración y de filigranas– además delimita un espacio propio para la miniatura, el fondo, que se llenará de paisajes –seguramente a imagen y semejanza de las pinturas al fresco coetáneas–; y con el tiempo, estos fondos paisajísticos serán sustituidos por otros de tipo más ornamental. Un proceso donde el códice dialogará con las artes visuales de cada época, adaptándose a los nuevos modelos estéticos que se vayan superponiendo. Unas miniaturas que, en época incunable, serán la bisagra entre el códice y el libro impreso, pues los miniaturistas ilustrarán los códices al margen de que estos hayan sido copiados manualmente o impresos de manera mecánica.

Solo con la introducción de las xilografías sustituyendo a las miniaturas todo el proceso de elaboración del libro se mecanizará, siendo un elemento residual la iluminación temprana de las xilografías.

Valgan estas líneas maestras de un aspecto concreto en la evolución del códice a lo largo de la Edad Media para comprender cómo bajo el concepto de «códice» no podemos incluir un único modelo editorial y codicológico que se impone en el siglo IV y que se mantiene inalterable hasta finales del XV, cuando será reemplazado por el libro impreso. Todo lo contrario. Como sucede con tantos otros aspectos en la Edad Media, hemos de hablar de un lento configurar de un modelo que adquiere en un momento determinado su esencia, su configuración ideal, y que, a partir de este momento, evolucionará o se transformará en múltiples posibilidades, no todas ellas exitosas y aceptadas.

En el caso que nos ocupa, ese momento de configuración del códice medieval lo encontramos en el siglo XII, el siglo de la compilación del saber. Un modelo del que habla San Buenaventura en el *Proemium* a sus *Commentaria in quatuor libros Sententiarum Magistri Petri Lombardi*, ya en el siglo XIII, en la clasificación que hace de la copia y composición de textos en la época:

RESPONDEO: Ad intelligentiam dictorum notandum, quod quadruplex est modus faciendi librum. Aliquis enim scribit aliena, nihil addendo vel mutando; et iste mere dicitur scriptor. Aliquis scribit aliena, addendo, sed non de suo; et iste compilator dicitur. Aliquis scribit et aliena et sua, sed aliena tamquam principalia, tamquam principalia, et sua tamquam annexa ad evidentiam; et iste dicitur commentator, non auctor. Aliquis scribit et sua et aliena, sed sua tanquam principalia, aliena tamquam annexa ad confirmationem; et talis debet dici auctor.

CONTESTO: A fin de entender lo dicho, ha de tenerse en cuenta de que cuatro son los modos de hacer un libro. Copista es aquel que escribe lo ajeno, sin añadir ni cambiar nada; compilador es el que escribe lo ajeno e introduce adiciones que no son suyas; en cambio, comentarista es quien escribe lo ajeno como texto principal y lo propio como aclaración; por último, autor es aquel que escribe lo propio como texto principal y lo ajeno como confirmación de lo dicho⁵.

5. Cito por Elisa Ruiz García, *Introducción a la codicología*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 2002 (segunda edición), p. 263. Elisa Ruiz incorpora un quinto tipo: «En esta articulada visión, con resabios escolásticos, echamos de menos un quinto tipo correspondiente al *translator*, es decir, aquel que escribe lo ajeno, pero lo vierte a otro molde lingüístico. La razón de esta ausencia quizá se deba a que en el horizonte cultural del seráfico franciscano el latín era considerado la única vía posible de comunicación intelectual.», nota 35.

La compilación medieval, frente al afán enciclopedista del fin de la Antigüedad y comienzo de la Edad Media, tiene como deseo coordinar y subordinar todo lo que se conoce sobre un determinado tema, siguiendo las líneas del saber. Su auge se ha puesto en relación con la extensión de las enseñanzas especializadas, que acabarán dando lugar al nacimiento y difusión de las Universidades⁶.

La COMPILATIO medieval nada tiene que ver con la acumulación, como ha explicado Manuel Díaz y Díaz, una compilación tiene la finalidad de «reunir la mayor cantidad de información sobre un campo del saber o sobre una ciencia, sacándola de distintas fuentes» (p. 50). Esta información de origen múltiple se dispondrá de una manera nueva a partir del hilo argumentativo; las fuentes llegan a convertirse en una verdadera red de información: «novedad introducida por este tiempo, ciertas dificultades o problemas suscitados por una fuente se procura resolverlos por medio de otra u otras, que a estos efectos vienen a trenzarse en la primera; y en consecuencia, no solo se emplean fuentes en sentido positivo, sino que a veces se aducen estas como contrargumentos, base de discusión u opinión divergente» (p. 50). En ese sentido, como parece lógico, en la compilación, que debe tener una exposición larga y compleja sobre un determinado argumento, uno de los rasgos más importantes es que las fuentes han de quedar claramente marcadas. La autoridad y no el uso indiscriminado de argumentos, se convierte en uno de los aspectos esenciales de este tipo de obras.

El códice, con su capacidad de contener una mayor densidad de información que los medios anteriores (se habla que un códice podría conservar el contenido de seis rollos) es el lugar propicio para el desarrollo de este modelo textual. Y además la página de los códices se va a convertir a partir del siglo XII en el espacio ideal para la nueva «lectio escolástica» que termina por imponerse, y que tendrá en la glosa su representante más evidente. La glosa permite que en un mismo espacio pueda ser consultado el texto de la AUCTORITAS (el conocimiento recibido), junto con la glosa, que no es más que la necesaria explicación de su sentido, adaptado al conocimiento recibido y que la comunidad letrada quiere difundir. Y, poco a poco, se irá configurando un nuevo modelo de *mise-en-page*, que irá destacando con diversos medios el contenido de la obra, las fuentes, las autoridades, etc., como se aprecia en las magníficas páginas de las glosas de Pedro Lombardo al *Psalterio* o a las Cartas de San Pedro, según el ejemplar conservado en la Bodleian Library (Oxford) (figura 3).

6. Véase Manuel Díaz y Díaz, «Tres compiladores en el ambiente de Sancho IV».

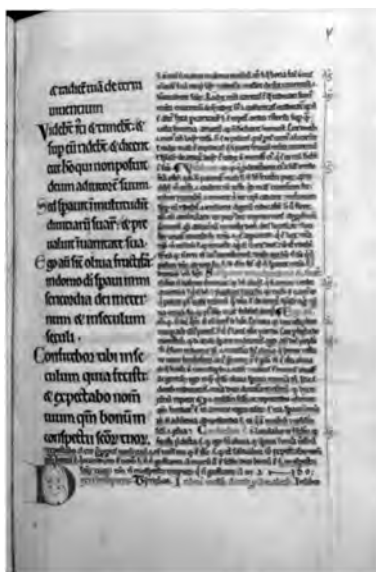


Figura 3: Glosas de Pedro Lombardo (Bodleian Library, Oxford)

La ORDINATIO se convertirá en un elemento esencial de la lectura académica, de esa «lectio escolástica» que necesita acceder a los contenidos, comprenderlos para poder difundirlos de una manera sencilla, clara. Y así, junto a la glosa, veremos con el tiempo el desarrollo de los resúmenes del contenido en las rúbricas, las tabla de contenidos, las notas marginales, sin olvidar cómo esta propio ORDINATIO codicológica termina siendo textual, cuando los textos comienzan a dividirse no solo en libros y partes, sino también en subdivisiones más concretas, que permiten su mejor enlace a las notas, a las fuentes, a las líneas maestras de comentarios. Parkes destaca cómo en las copias del siglo XII de las obras de Graciano, los comentadores no solo llenan de nuevas interpretaciones los textos en sus glosas, sino que además lo dividen en partes, y dentro de ellas, en CAUSAE, y a su vez, estas se dividirán en DISTINCTIONES, sin olvidar los resúmenes que se incluyen al inicio de cada una de ellos para destacar los aspectos sobresalientes que se van a tratar.

Este modelo medieval del códice compilado terminará por dejar paso a un nuevo modelo en la Baja Edad Media: el *códice unitario*, donde la unidad física de la copia se corresponde con la unidad textual. Atrás quedaron las numerosas compilaciones codicológicas con que se nos han conservado la gran mayoría de

los textos medievales castellanos. Este modelo del «libro unitario» es el que heredará e impondrá la imprenta, que, frente a la industria editorial medieval del manuscrito, basa su modelo de negocio en la venta del mayor número posible de ejemplares de una determinada obra, y no tanto de un conjunto de obras dentro de una particular unidad codicológica.

Si el código frente al rollo suponía un gran avance en la capacidad de conservación y difusión de una mayor cantidad de información (por su tamaño, por ser capaz de escribir en las dos caras del pergamino, etc.), en la época actual, la tecnología digital permite una acumulación hasta ahora impensable en cualquier medio anterior de transmisión de la información y del conocimiento.

Pero el ejemplo del código medieval, del que podemos rescatar en el medio digital algunas de sus características, se presenta como un modelo de cómo deberíamos reorganizar los nuevos modelos de edición digital: por un lado, es necesario rescatar algunas de las características de la *COMPILATIO* que lo convirtieron en una fuente de conocimiento: finalidad de recoger en un espacio la mayor cantidad de información sobre un tema –o un texto–, pero no como una simple acumulación de datos y de fuentes, sino organizadas a partir del propio discurso y de un conocimiento de la materia. Solo de esta manera podremos verdaderamente crear en la red «espacios de conocimiento», y no solo «espacios de información». La densidad de la información es una de las grandes ventajas del medio digital frente a los medios anteriores. Pero la densidad de la información, la enorme cantidad de datos a los que podemos tener acceso de una manera (casi) inmediata se ha convertido también en uno de sus mayores problemas. Siguiendo la clasificación de San Buenaventura, en el mundo digital, además de autores de nuevos textos, además de comentaristas de los existentes, debemos comenzar a creer en nuestro papel de «compiladores» del saber. Solo desde la *AUCTORITAS* podemos recuperar un espacio de protagonismo de la Universidad y de nuestra disciplina medieval en la nueva Sociedad de la Información y del Conocimiento.

Y lo mismo podría decirse de la *ORDINATIO*, de los nuevos modelos de *mise-en-page* que tenemos que diseñar para poder ofrecer en la nueva unidad de lectura del mundo digital (que ahora es la pantalla, que es múltiple según el dispositivo de lectura que estemos utilizando en cada momento) los materiales que ofrecemos, un nuevo diseño que en el caso del código medieval, tardó siglos en aprovechar al máximo su potencial. Años y no muchos son los que tenemos por delante para ir creando estándares de edición, de modelos de edición para los textos medievales en el nuevo medio digital, que ya no pasan por la *mise-en-page* ni del código ni del libro impreso.

DE LA IMPRENTA MANUAL A LA IMPRENTA INDUSTRIAL, O LOS ORÍGENES DE LA CRÍTICA TEXTUAL MODERNA

El 29 de noviembre de 1814 se publicó el primer número del periódico *The Times* utilizando una prensa de vapor; en concreto la prensa Koenig, que su inventor había presentado en forma de prototipo en abril de 1811. Su volumen de impresión sobrepasa cualquier sueño de la imprenta manual. Si una prensa manual –con todas las mejoras tecnológicas del siglo XVIII– podía imprimir una media de 250 pliegos por hora, la prensa Koenig era capaz de imprimir hasta 1100 pliegos en el mismo espacio de tiempo, y con tan solo dos operarios. Con las mejoras de los siguientes años, en 1828 la prensa de *The Times* era capaz de imprimir 4000 pliegos por hora, y las mejoras tecnológicas –acuciadas por la demanda de una impresión cada vez más rápida y en mayores proporciones– no dejaron de multiplicarse por aquellos años: la prensa rotativa tipográfica (1846) de Richard March Hoe, la prensa rotativa de dos cilindros (1863-1865) de William Bullock o la linotipia (1886) del alemán Ottar Mergenthaler, que permitió mecanizar el último de los trabajos que no eran industriales dentro de un taller de impresión del siglo XIX: la composición de las formas.

Y junto a la mejora tecnológica, las cabeceras de periódicos y revistas ilustradas se multiplicaron, dando voz a los nuevos (y viejos) movimientos políticos, sociales y económicos del siglo XIX, y, con ellos, también se multiplicaron la tirada de libros. Hasta 200.000 ejemplares llegó a vender el más famoso autor de folletines españoles, Manuel Fernández y González, de su novela *Luisa* en 1857, que previamente se había difundido como folletín en el periódico *La Discusión*.

El periódico, como el nuevo medio de transmisión que va a liderar los cambios tecnológicos en la difusión de la información y el conocimiento en el siglo XIX, va a sufrir también una redefinición en su forma de presentar la información, como puede compararse de la lectura de un periódico de principios del siglo XIX (figura 4) y la forma actual. Periódicos que, nacidos como industria en el siglo XVIII, imitaban en un principio la lectura secuencial de los libros impresos, poco a poco van a ir experimentando una nueva forma de ORDINATIO, de acceso a sus contenidos, imponiendo una *lectura discontinua* de su contenido. Incluso el propio periódico con el tiempo se va a dividir de tal manera que parte de su contenido pueda ser interesante para diferentes públicos, todos ellos dentro del ámbito familiar: la política para los hombres y los ecos de sociedad para sus mujeres.

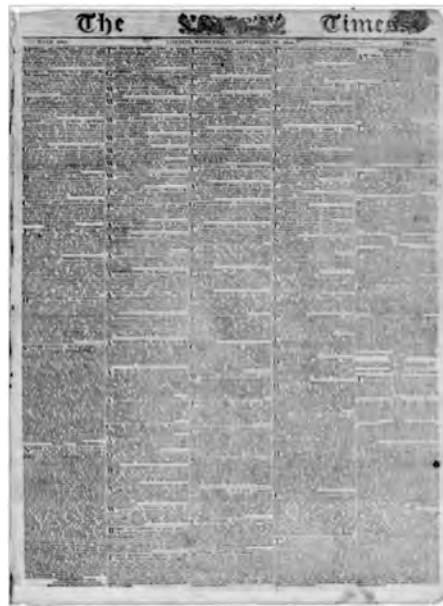


Figura 4: *The Times*, edición de septiembre de 1814

Si una de las causas del triunfo de la imprenta a lo largo del siglo xv en Europa tuvo mucho que ver con los privilegios que le otorgaron papas, reyes, príncipes y nobles, pues permitía, por primera vez contar con un medio de transmisión del que se pudiera hacer un control de su contenido antes de su difusión (control que se fue ajustando a las demandas políticas y culturales de la Europa de la Reforma y de la Contrarreforma del siglo xvi, que en España tendrá uno de sus exponentes máximos en la *Pragmática sobre la impresión y libros* promulgada en Valladolid en 1558); el éxito de la imprenta industrial será económico –con ciertas vinculaciones políticas–, creándose grandes empresas que englobarán cada vez más todos los aspectos relacionados con la industria editorial: fabricación de papel, impresión de periódicos y de revistas, impresión de libros, y su propia distribución. Emporios económicos que, con el tiempo, se ampliarán con radios, estudios de cine, televisión... Emporios económicos que se basan, en gran parte, en tiradas millonarias, que pueden distribuir gracias a la mejora del correo y, sobre todo, a la difusión del ferrocarril por toda Europa. Emporios económicos, como grandes dinosaurios, que están sufriendo en la actualidad como nadie la crisis empresarial, pues están muy lejos de los nuevos modelos económicos que

aporta la industria editorial digital, que puede imprimir y difundir sin tener que utilizar los cauces habituales impuestos y experimentados desde el siglo XIX, y en tiradas adaptadas a las demandas de los propios lectores.

Pero la imprenta manual, con los miles de ejemplares que va a poner a disposición de los lectores, cada vez más abundantes, va a potenciar también un cambio de tipo de lectura de la Edad Media a la Edad Moderna: el paso de la *lectura intensiva* (la lectura continua y repetitiva y memorística de un número muy limitado de títulos) a la *lectura extensiva*, que cuenta con un mayor número de títulos disponibles. A la hora de concretar el cambio no solo cuantitativo sino también cualitativo que supone esta modalidad moderna de lectura (de la que somos, en parte, herederos), Martyn Lyons en su *Historia de la lectura y de la escritura en el mundo occidental* (Buenos Aires, 2012), destaca los siguientes aspectos:

- La lectura se vuelve más secular y menos religiosa.
- La lectura silenciosa individual comienza a suplantar a la lectura oral en comunidad.
- Los lectores consumían una infinita variedad de textos y ya no se concentraban en un número limitado de obras canónicas.
- La novela, su éxito y su difusión, es uno de los motores del cambio.
- Se generaliza la figura del lector adictivo: «a fines del siglo XVIII, no se dudaba en desaprobador a los lectores compulsivos al igual que hoy no vemos con buenos ojos a los fumadores empedernidos» (p. 237).

Se impone una idea de la «lectura por placer», un nuevo modelo de lectura, de la que no es ajena al éxito de los folletines que aparecerán en los periódicos de la época, los textos literarios que se insertan en sus páginas o al hecho de que muchos de los periódicos comenzarán a comercializar sus propias colecciones literarias, sus propias bibliotecas, cada vez más accesibles, para así ofrecer textos de muy diferente naturaleza al mayor número de lectores posibles, como las *Novelas de El Fénix* (1844-1846), *Biblioteca del Heraldo* (1846-1847), la del *Diario de Avisos* (1848-1849), de *El Siglo* (1848-1850), de *El Nacional* (1851)...⁷.

Será en este contexto editorial europeo de la imprenta industrial donde nazca la crítica textual moderna, desde la Alemania de Karl Lachmann y sus seguidores. Se ha estudiado la influencia de las nuevas corrientes de la lingüística románica en la evolución del método ecdótico, así como el ambiente de fe en la ciencia que da sentido a muchos de los postulados iniciales o la influencia de las

7. *Historia de la edición y de la lectura en España*, p. 591.

ciencias naturales en los postulados científicos humanísticos, pero poco sobre la relación de las nuevas propuestas científicas de la crítica textual en el marco de una demanda de textos fiables para su publicación en este nuevo ámbito de cambio de modelo de lectura, cambio de modelo de negocio industrial alrededor del libro o de los periódicos, de la difusión de la información y del conocimiento. ¿Hasta qué punto algunos de los aspectos organizativos de una página de una edición crítica, con sus aparatos, con sus árboles genealógicos, con su disposición textual, no es hija de los modelos editoriales de esta primera imprenta industrial, de cuyos últimos estertores estamos siendo testigos en los últimos años? Solo tenemos que comprobar algunas de las páginas de las ediciones de Karl Lachman, tanto de sus ediciones de obras latinas como germánicas, para darnos cuenta de cómo muchos de las características de la *mise-en-page* de una edición crítica actual proceden de estas primeras ediciones, todas ellas nacidas en un determinado ámbito editorial muy particular (figuras 5-6).

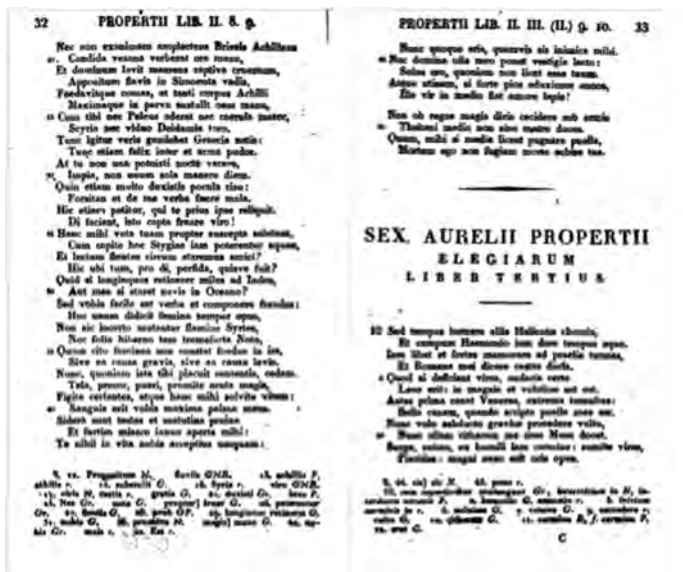


Figura 5: Propertio editado por Karl Lachmann (Berlín, 1829)



Figura 6: *Parzival*, editado por Karl Lachmann (Berlín 1854)

LA SEGUNDA TEXTUALIDAD, O LA VUELTA A LA COMUNIDAD ORAL

El triunfo de la industria alrededor de los periódicos en el siglo XIX, el éxito de la posibilidad de contar, por primera vez con unos medios de comunicación sin censura, hizo posible la creación de lo que se ha denominado la «esfera pública», antecedente de la opinión pública; es decir, de un público lector, a una sociedad civil que está libre del control estatal, conformada por individuos que cuestionan la información, que debaten sobre los asuntos que les interesan. De este modo, el periódico, como un elemento de comunicación diario (en ocasiones dos veces al día), rescata uno de los aspectos que la información y el conocimiento había perdido en su paso de la oralidad a la escritura, al triunfo de la escritura en rollos de papiro, a lo largo del siglo IV a. C.: la interactividad entre el texto y su usuario. La difusión de la información deja en el siglo XIX de ser monopolio del formato libro (o de los diferentes subproductos que se fueron creando a lo largo de los siglos, como los pliegos de cordel, por ejemplo). Y de la mano de los avances tecnológicos de los siglos XIX y XX (la radio, el cine o la televisión), la oralidad vuelve a recuperar un papel protagonista en la sociedad, una particular oralidad (pues en su mayoría no nace de la improvisación, de fórmulas y motivos

aprendidos o de la memoria, sino de textos escritos), por lo que se la ha denominado «segunda oralidad».

El texto digital, frente al texto analógico –ya sea este difundido en rollos, códices, incunables, libros impresos en ediciones manuales o industriales–, ofrece una doble naturaleza, que, en parte, le coloca en una esfera cercana al texto oral: por un lado, comparte con los textos escritos una codificación alfabética, que permite en la apariencia física en la pantalla, una descodificación similar a la que hacemos cuando leemos un libro. Pero es solo una apariencia externa, pues en realidad detrás de cada letra se esconde un bit numérico, que es el que realmente permite la comunicación y el desarrollo informáticos. De la misma manera, podemos pensar en los textos clásicos griegos, siguiendo a Jasper Svenbro, que entendía que para los lectores, para los oidores antiguos, el texto en realidad estaba conformado por

una urdimbre escrita y una trama vocal, que se traban en la lectura y se destraban después. Dentro de esa concepción que yo creo que es fiel a la experiencia clásica del leer, el texto no sería por ende un objeto estático, sino el nombre de la relación dinámica entre lo escrito y la voz, entre el escritor y el lector. Así, el texto se convertiría en la realización sonora de lo escrito, escrito que no podría distribuirse o decirse sin la voz del lector» (p. 69).

Y lo mismo podemos decir del texto digital, que estaría formado por una «urdimbre» escrita con caracteres alfabéticos por todos aceptados, pero que realmente se completa con toda la información matemática que conlleva, que no tiene por qué ser visible a los usuarios, pero sí a los lectores que le devuelven la información, como sucede, de manera constante, en los metadatos que se incorporan en todos los sitios web que estamos utilizando. Al mismo tiempo, la lectura deja de ser un acto anónimo en los lectores informáticos, pues, con los programas adecuados, al leer estamos ofreciendo información de nuestra situación geográfica y temporal, así como de nuestros intereses, de nuestros gustos, de nuestras inquietudes. Existen ya programas que están rescatando un determinado modelo de «lectura colectiva», donde al subrayar o destacar un determinado párrafo, el propio programa indica qué otros párrafos o temas les han interesado a lectores que han compartido este interés inicial. Una lectura social pero en un entorno virtual, en que el texto se convierte en el punto de relación y de unión. De ahí, que el texto digital sea el iniciador de un nuevo modelo textual, que, siguiendo lo sucedido con la oralidad en el siglo XXI, bien podemos denominar «segunda textualidad».

La tecnología digital, en especial a partir del uso de la web social o web 2.0, ha hecho posible recuperar para las estrategias discursivas y textuales, uno de los aspectos esenciales de la oralidad que se había perdido en la escritura: la interactividad con el usuario. Y este debe ser uno de los aspectos esenciales a la hora de definir y desarrollar los nuevos modelos de ediciones críticas digitales, esos que hacen realidad la apuesta del neolachmanniano Contini: «un'edizione critica è, come ogni atto scientifico, una mera ipotesi di lavoro, la più soddisfacente (ossia economica) che colleghi in sistema i dati», (1939, p. 369).

¿Cómo conjugar la capacidad de actualización de los datos por parte del propio editor o de los comentaristas que se acercan a los resultados de la investigación en una edición crítica digital, con la necesidad de dejar constancia y huella de los diferentes estadios de la misma? La tecnología ya lo hace posible, incluso en grandes cantidades de información (y ahí está el proyecto Archive –www.archive.org– para demostrarlo), pero todavía no hemos diseñado un modelo que permita integrarlo en nuestras investigaciones, en nuestras ediciones.

¿Y la participación de los usuarios, de las diferentes redes sociales que se utilizan y que pueden ser una magnífica plataforma de publicidad de nuestras investigaciones, la tan querida y deseada transferencia del conocimiento a la sociedad? ¿Acaso hemos de prescindir de manera completa en la difusión de nuestras investigaciones de redes que engloban a millones de usuarios y que, por formar parte de los nuevos monopolios de la información, se constituyen en los primeros resultados de los buscadores generalistas?

Jeremy's Norman From Cave Paintings to the Internet es un portal que, como se indica en el subtítulo, se presenta como «Chronological and Thematic Studies on the History of Information and Media» (<http://www.historyofinformation.com/index.php>), (figura 7).



Figura 7: *Jeremy's Norman From Cave Paintings to the Internet* (nodo de distribución inicial)

Se trata de una base de datos en la red desde el año 2012 que ofrece información sobre diferentes hitos relevantes en la evolución de la difusión de la información y el conocimiento. Cada uno de ellos lleva una entrada con diversas informaciones, claramente delimitadas, como se aprecia en la figura 8: localización geográfica (gracias a Google Maps), un apoyo iconográfico, un pequeño texto con numerosos enlaces externos (y algún que otro interno, que no se diferencia de ninguna manera), y algunas referencias bibliográficas, tanto en libro como en Internet, siempre que se consideran pertinentes. Además de la precisión en las noticias, hay un aspecto que quisiera destacar, como motor de una transferencia real del conocimiento a los espacios donde el usuario normal va a encontrarlos. En la mayoría de los enlaces externos, se trata de enlaces a Wikipedia (figura 9).

Early Christian Papyrus Codices in Coptic Bindings (300 CE – 350 CE)



Codex IV found at Nag Hammadi. (View Large)

In 1945 thirteen papyrus codices buried in a sealed jar were found by a local peasant near the Upper Egyptian town of Nag Hammadi. Eleven of these were in their original leather covers. This collection of codices in Coptic bindings called the Nag Hammadi Library, comprised fifty-two mostly Gnostic tractates or treatises, documenting a "... major side-stream of early quasi-Christian thought... formerly attested only by the anti-heretical treatises of orthodox Christianity..." (Needham). The best-known of these works is probably the Gospel of Thomas, of which the Nag Hammadi codices contained the only complete text. They also included three works belonging to the Corpus Hermeticum and a partial translation / alteration of Plato's *Republic*. In his "Introduction" to *The Nag Hammadi Library in English*, James Robinson suggested that these codices may have belonged to a nearby Pachomian monastery, and were buried after Bishop Athanasius condemned the uncritical use of non-canonical books in his Festal Letter of 367 CE. This collection of codices represents one of the more extensive collections of early papyrus codices in Coptic bindings.

"The Nag Hammadi codices are written on papyrus. Their language is Coptic, the native language of Egypt as recorded in the third century A.D. and after. Coptic script is a modification of the Greek alphabet, reflecting the fact that, in its written form, Coptic was essentially the language of Egyptian Christianity, whose early literature (including the heterodox Gnostic texts) was in large part translated from the Greek. The Nag Hammadi codices were written and bound in the first half of the fourth century, presumably within a religious community. The site of the find was near Chenoboskion, where in the early fourth century a monastery was established by St. Pachomius, the founder of coventional Christian monasticism. The burial of the Gnostic writings may have followed a fourth-century purge there of heretical literature.

Figura 8: Entrada «Early Christian Papyrus Codices in Coptic Bindings» en el portal *Jeremy's Norman From Cave Paintings to the Internet*



Figura 9: Enlace a Wikipedia desde el portal *Jeremy's Norman From Cave Paintings to the Internet*

Wikipedia como proyecto puede contar con muchos defectos (que los tiene de contenido), pero en nuestra mano está el modificarlos, el mejorarlos, el hacer que nuestros conocimientos sobre la Literatura Medieval realmente se trasvasen a un espacio de uso corriente, además de poder ser utilizado, siempre que consideremos que su contenido es el adecuado. La «autoridad» como un principio motor del conocimiento. Pero también la accesibilidad del mismo conocimiento como un motor nuevo para acceder a nuevas comunidades de lectores, de usuarios, que permite la tecnología digital.

El conocimiento y su difusión, la accesibilidad de los datos, tanto de las fuentes primarias y secundarias como de los resultados de nuestras investigaciones, la creación de nuevas arquitecturas de participación que convierta en productiva la interactividad con los usuarios, son aspectos esenciales que debemos tener en cuenta a la hora de diseñar nuevos modelos de arquitectura de la información que deben sustentar las nuevas ediciones críticas digitales. Y en muchos casos, los ejemplos de la Edad Media pueden ser el principio motor para la reflexión, para encontrar la salida del «incunable del texto digital».

CODA FINAL O LA BÚSQUEDA DE NUEVOS ESTÁNDARES ECDÓTICOS

Mucho se ha avanzado para poner a disposición de los interesados materiales de todo tipo en la red: desde las bibliotecas digitales (tanto las virtuales patrimoniales como generalistas) de muy diferente origen, hasta las bases de datos, que todos utilizamos en nuestras investigaciones, sin olvidar diversos proyectos particulares, vinculados ya sea a un determinado ámbito del saber o a espacios más generales como la docencia universitaria, muchos de ellos presentados, comentados y discutidos en este Congreso. No puede decirse lo mismo en el ámbito de las bibliotecas digitales textuales, que siguen siendo uno de los aspectos menos atendidos por las Humanidades Digitales, sobre todo por los organismos oficiales, más preocupados en poner a disposición en la red reproducciones digitales de testimonios antiguos (ya sean estos códices, incunables o impresos), que en apoyar la creación de nuevos modelos de edición digital.

Las plataformas de conocimiento, los nuevos modelos textuales que podríamos estar experimentando para poder dar a conocer la rica literatura medieval hispánica, siempre se enfrentan con los mismos problemas: el problema administrativo de la adscripción a un área de conocimiento cuando debemos crear equipos interdisciplinarios para poder llevarlos a cabo; el problema económico, pues el nuevo medio digital no solo necesita de una inversión inicial para generar el conocimiento y los contenidos, sino también una inversión continua para poder seguir difundirlos y actualizándolos; y también problemas de copyright, que van desde la dificultad de acceso a la digitalización de las obras modernas, hasta la apropiación exclusiva –creo que de manera indebida– que hacen la mayoría de los centros públicos de la digitalización de sus fondos patrimoniales, cuando estos se han costado con presupuesto público, y no autorizan su uso para proyectos científicos que los necesitan porque son la base testimonial de nuestras investigaciones.

De este modo, se perpetua en muchos casos un sentido de la «territorialidad» que no tiene sentido en el universo digital. Un territorio que debería ser de cooperación entre los centros de investigación y los centros bibliotecarios y archivísticos, junto con las diferentes administraciones competentes. Pero nada más lejos de la realidad.

¿Y el territorio filológico? ¿Y el territorio de la edición de la literatura medieval? ¿Existe un debate sobre los nuevos modelos de edición que podríamos presentar en el medio digital? ¿Acaso estos nuevos modelos dejarían obsoletos algunos de los presupuestos con los que seguimos trabajando, desde los aparatos

de notas positivo o negativo a los tipos de edición –facsimil, paleográfica, presentación crítica, edición comentada, genética, sinóptica integral, crítica...–, o el propio modo de mostrar la *variarum lectio* de un determinado texto, que no son más que imposiciones que venimos arrastrando desde el siglo XIX, del momento del auge de las ediciones industriales?

¿Debemos seguir hablando y pensando en territorios o deberíamos dar un paso adelante para preguntarnos por el uso de nuestras ediciones en el ámbito digital, lo que estamos demandando nosotros como usuarios, lo que demandamos como editores, lo que nos demandan para hacer lo más difundidas posibles nuestras investigaciones?

Un último reflejo en el espejo. La historia de los blogs bien puede servirnos de ejemplo. El blog es definido en la 23ª edición del Diccionario de la Real Academia Española como «Sitio web que incluye, a modo de diario personal de su autor o autores, contenidos de su interés, actualizados con frecuencia y a menudo comentados por los lectores». Los primeros ejemplos los encontramos en el año 2004, pero será a partir del 2005 cuando se convirtió en uno de los motores de la Web 2.0, con un éxito imparable desde entonces. Un éxito imparable de uso y de cantidad. Hoy en día se contabilizan en la red millones los blogs activos. Incluso se ha creado ya una plataforma dedicada tan solo a blogs de investigación: *Hypotheses*, que cuenta ya con una versión en español (<http://es.hypotheses.org/>).

¿Cuál ha sido uno de los principios de su rápido éxito? Sin duda, la facilidad de su uso, pues se basa en plantillas estandarizadas. Una estandarización que supone uno de los aspectos más sobresalientes de la tecnología digital, y que todavía no ha dado sus frutos en el ámbito de la edición electrónica, a pesar de los esfuerzos realizados en los últimos años con la aparición del ePub, que es un formato estándar para «textos electrónicos» que ha sido creado y desarrollado por la *International Digital Publishing Forum* (IDPF) en el 2007. Frente a otros formatos existentes, el ePub tan solo marca el contenido de los textos digitales y no su formato, con lo que permite su lectura en los distintos dispositivos electrónicos que existen en el mercado. Una de las grandes innovaciones del ePub, frente al resto de los formatos anteriores y disponibles en el mercado, es entender el «texto» no tanto como un espacio cerrado que hay que etiquetar y describir (el principio de proyectos como el TEI), sino como un «portal», un espacio abierto, que permite su compatibilidad. De ahí que se haya pensado que este sea el camino para poder crear un «formato estándar» para la codificación y la difusión de los textos digitales, al margen del dispositivo y marca que estemos utilizando. En el año 2011, se presentó ePub3 en el Foro Internacional de Edición Digital, y en marzo del

2013, la Asociación Internacional de Editores lo convirtió en el estándar para digitalizar todos sus fondos y recomendó a todos sus miembros a utilizarlo. ¿Será el estándar universal que los usuarios y creadores estamos demandando?

Y este es el camino que estoy transitando en este momento: la creación de un portal con estándares de edición según el tipo de texto que queramos difundir, para así poder ir creando entre todos la nueva biblioteca digital de la literatura medieval hispánica. Una biblioteca que abandone los territorios del pasado para adentrarse en los usos del presente, pensando siempre en los *residentes digitales* del futuro. Un camino que tendrá en cuenta las enseñanzas que los cambios de soporte nos han ido ofreciendo a lo largo del tiempo, en especial, en ese tiempo revolucionario del códice durante la Edad Media. Un camino que haga que cada vez haya más *residentes medievales* en el universo digital, pues en él encuentran muchos de los recursos y herramientas que necesitan para poder editar y analizar los textos medievales, y hacer accesibles nuestras investigaciones al mayor número posible de *residentes* (o *visitantes*) interesados.

